

## Curriculum vitae

Natanael F. Pacheco

*Je serai bien aise de faire voir en ce discours quels sont les chemins que j'ai suivis, et d'y représenter ma vie comme en un tableau (...). Mais, ne proposant cet écrit que comme une histoire, ou, si vous l'aimez mieux, que comme une fable, (...) j'espère qu'il sera utile à quelques-uns sans être nuisible à personne, et que tous me sauront gré de ma franchise.*

RENÉ DESCARTES

**R**ecuerdo muy bien el día en el que mis ojos se abrieron para la filosofía. El 17 de septiembre de 2005, durante la primera clase de Historia de la Filosofía en 2º de Bachillerato, tuve la peculiarísima experiencia de saber de manera inmediata que eso de lo que el profesor había hablado era algo que yo ya conocía sin haber tenido antes noticia de ello. Algunos dicen que la filosofía nace de la admiración, otros de la necesidad, y otros de una suerte de impulso lúdico-deportivo, pero pienso que en ocasiones nace de una peculiar identificación, de una súbita e inexplicable familiaridad. Tal vez a eso se refería Platón cuando decía que la filosofía era como una chispa que se enciende en el alma, pero ahora sé que, en tanto que chispa, puede ser efímera y requiere de alimento para mantenerla encendida. — «Y de qué se alimenta el alma, Sócrates». — «Desde luego de enseñanzas» (*Protágoras*, 313c).

En septiembre de 2006 empecé la carrera de Filosofía con la ilusión de un joven amante. Por aquél entonces no podía imaginar que había comenzado un camino que se extendería durante 12 largos años en la UIB. Quizá sea ingrato hacer un balance negativo de lo aprendido durante la licenciatura pero es un hecho que la experiencia de identificación del bachillerato sólo se repitió pálidamente con motivo de algunas lecturas salvajes extracurriculares. A pesar de eso, o precisamente por eso, mi camino de estudiante aplicado me abrió las puertas de una beca FPU en 2013. Animado por Andrés Jaume, profesor, gran amigo y mentor, conseguí una beca ministerial para un proyecto de tesis doctoral sobre la unión mente-cuerpo en Descartes. Por aquel entonces el doctorado representaba poco más que un medio para continuar mis estudios y la esperanza de poder ganarme la vida como profesor de universidad, pues ¿acaso había alguna vida más libre que esa? Investigar día y noche, tomar notas sin descanso, escribir cuantas más comunicaciones mejor, participar en todos los congresos habidos y por haber, viajar al extranjero a la menor oportunidad, crear o mantener relaciones profesionales por imperativo, escribir y publicar artículos de impacto, hacer el mayor número de estancias de investigación posibles, y, cuando no estaba haciendo todo eso por causa, digamos, del vicio del descanso o del pecado de cultivar las relaciones familiares o de amistad, recordar que no estaba haciendo todo aquello y que tenía que volver a eso cuanto antes. Era algo que escuchaba con frecuencia: el currículum académico no iba a hacerse solo y la ANECA estaría esperando, ávida de papeles, una vez concluido el doctorado.

Recuerdo muy bien el día en el que mis ojos se abrieron para lo que un doctorado en filosofía podía llegar a ser. El 15 de marzo de 2014, el profesor y amigo Modesto Gómez acudió a Palma invitado a dar una conferencia en la UIB. En una animada charla en la que me esmeré en explicarle mi interés por las llamadas “nociones primitivas” y su conexión con mi tesis, el profesor Gómez dijo unas pocas palabras que jamás olvidaré: “Lo que me cuentas está muy bien pero... ¿y todo esto para qué?”. Quedé paralizado. Sabía que en su pregunta no había ni rastro de carrera universitaria, ni de currículum académico ni de acreditaciones de la ANECA. Su pregunta apuntaba a la cosa misma: “¿y qué hay de la filosofía, amigo?”. A la vergüenza de no saber qué responder la acompañó el asombro ante mi situación: había olvidado la experiencia de identificación, la chispa en el alma, la filosofía. Por suerte, no tardé en recuperarla. Durante los meses siguientes mantuve intensas conversaciones con el profesor Gómez, las cuales me permitieron ver con nuevos ojos todas aquellas cosas que ya creía conocer pero que, en realidad, me eran ajenas. De repente, las cuestiones académicas habían quedado a un lado y la filosofía ocupaba el centro del escenario. El pensamiento de Descartes cobró vida, sus problemas ya no eran reliquias sino que eran interrogantes que urgían aquí y ahora, y las lecturas y los escritos adquirieron un nuevo sentido: el alma se había hecho problema para mi propia alma. Y ello se reflejó claramente en mi proyecto de tesis doctoral: antes de abordar la unión mente-cuerpo y el problema del hombre era menester atender a la distinción mente-cuerpo y al problema del pensamiento. Parecía que había encontrado el camino a esa vida más libre que se me había prometido.

Quedaban, no obstante, lecciones importantes que aprender. En 2016, las vicisitudes de la vida espaciaron cada vez más las conversaciones con el profesor Gómez hasta hacerlas casi desaparecer, y las exigencias del doctorado me obligaron a atender más a los rituales de la vida universitaria que a la filosofía. En esas circunstancias, y con el final de mi beca en el horizonte, llegaba el momento no solamente de acabar mi tesis, sino también de ir perfilando cuáles serían mis próximos pasos. Junto con el profesor Jaume y con otros compañeros de doctorado habíamos formado un animado grupo de discusión filosófica, de colaboración académica y de amistad. Nociones como “escuela” o “*ethos*” eran frecuentes en nuestras conversaciones: aspirábamos a crear una escuela filosófica. Pero cuanto más conocía la universidad, más dudas albergaba sobre si eso sería posible. ¿Eran compatibles el cultivo de la filosofía con las exigencias constantes de la institución universitaria? 2017 fue un año de crisis personal que se fraguó al ritmo de la corrección del borrador de mi tesis doctoral, de las últimas contribuciones académicas antes de la defensa de tesis y de vergonzosas circunstancias que tuvieron lugar en el departamento de filosofía durante ese periodo.

Al año siguiente el panorama estaba mucho más claro: amaba la filosofía pero estaba hastiado de la universidad que conocía. Después del 14 de septiembre de 2018, día en el que defendí mi tesis doctoral en un acto bello y fraternal, me vi a mí mismo como Descartes tras haber acabado el curso de sus estudios en La Flèche y, como él, “tan pronto como estuve en edad de salir de la sujeción en que me tenían mis preceptores, abandoné del todo el estudio de las letras; y, resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar (...), en cultivar la sociedad de gentes (...), en recoger varias experiencias, en ponerme a mí mismo a prueba en los casos que la fortuna me deparaba, y en hacer siempre tales reflexiones sobre las cosas que se me presentaban que pudiera sacar algún provecho de ellas” (*Discurso del método*, I).

Entre 2018 y 2020 busqué y encontré un trabajo manual que compaginé con clases particulares y que me permitió gozar de autonomía económica. Dejé entonces

el que había sido mi hogar y me emancipé en busca de una vida más propia que lo que había sido la anterior, me permití recuperar mis lecturas salvajes sin imponerles condición o rédito alguno, y me decidí no sólo a aprender todo lo que pudiera aprender, sino a pensar todo lo que pudiera pensar por mí mismo como si nadie antes que yo lo hubiese pensado. El mayor fruto de esa época fue, sin duda, la decisión firme y deliberada de construir una familia con la que ahora es mi mujer y madre de mi hijo. Por otra parte, la pandemia fue un estímulo para edificar el futuro sobre cimientos más firmes: estudié el máster de formación del profesorado y comencé a dar clases en secundaria en octubre de 2021. Para aquél entonces no sólo la universidad quedaba lejos, sino que, además, las ideas de “escuela” y de “ethos” se habían difuminado casi por completo. Casi. Hasta que tropecé en Youtube con uno de los seminarios de La torre del Virrey. Y el resto es historia.

Recuerdo muy bien el día en el que mis ojos se abrieron para lo que una escuela de filosofía podía llegar a ser. El 19 de agosto de 2022 viajé a Valencia para conocer personalmente a aquellas personas con las que llevaba en contacto un año y que, a través de sus seminarios, me habían enseñado que el ideal de una escuela de filosofía que atendiese a la filosofía misma y a sus fines propios no era sólo un ideal sino que existía y se encontraba en Valencia. Conversar en persona con Antonio Lastra, con María Golfe, con Rubén Villacañas, con Carmen Rabadán, con Unai Cava o con Álvaro López me hizo vibrar de emoción y me convenció de que había llegado a casa, o como les gusta llamarla, a “la casa vacía”. Desde entonces, colaboro con entusiasmo en el Seminario sobre los diálogos de Platón, el corazón formativo de la Escuela de la Torre, dirijo el seminario Una vida normal, realizo funciones adjuntas a la secretaría como la comunicación institucional con el CEFIRE, en ocasiones escribo para la revista y, muy especialmente, procuro no perder la ocasión de mantener una animada y jovial conversación filosófica con mis amigos para ponernos mutuamente a prueba investigando sobre aquellas cosas que nos parecen de la mayor importancia. En definitiva, llegar a La torre del Virrey me ha permitido poner toda mi formación previa al servicio de un proyecto bello y bueno, el de una comunidad de educación liberal y, al mismo tiempo, ha contribuido y todavía contribuye a que siga alimentando mi alma y la chispa de la filosofía que mora en ella con las mejores enseñanzas que hubiera podido desear, las de la excelencia en el estudio, en la vida y en la amistad.